



Nueva York en 1945, celebrando el fin de la guerra GETTY

Narrativa Peripecias de una joven italiana en la América de posguerra

Esposa de guerra

Marcella Olschki
Oh, América
Traducción de
Francisco de Julio
Carrobbles

PERIFÉRICA
186 PÁGINAS
16,75 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Seis meses después de terminar la segunda guerra, zarpo del puerto de Nápoles una motonave de la Cruz Roja con las llamadas esposas de guerra que navegaban a Estados Unidos para reunirse con sus maridos militares. Entre el más de medio millar de chicas había una de Florencia, bonita, menuda, elegante, de buena familia y culta, Marcella Olschki (1921) que se había enamorado y casado con un oficial médico y ahora, una vez los combatientes habían sido repatriados, las mujeres iban al encuentro de los maridos en los muelles de Nueva York. Cada esposa alimentaba sus propios sueños. Algunas convirtieron el *Vulcano*, nave de transporte de tropas en algo similar a un burdel florante. Marcella esperó demasiado de su amor americano. A su regreso el marido se había sometido a sesiones de psicoanálisis y en ellas perdió todo interés por su mujer italiana. Así que el matrimonio estuvo unido unos veinte días, y la joven divorciada pasó en EE.UU. un año y medio.

Esa decepción es la que en esencia sintetizó años más tarde en *Oh, América* (1996). Tiene un libro anterior, *Una postal de 1939*, en cuyas páginas describe los años de su educación burguesa en el Liceo Gimnasio Dante de la capital de la Toscana, siendo hija de padre judío y viviendo la apoteosis fascista

a un paso de estallar la guerra de efectos terribles para los judíos italianos y simpatizantes de la izquierda comunista. Este primer libro es muy sencillo y bello. Del segundo trasciende un vaho de saludable frescor. ¿Cómo lograría Olschki en los noventa, tras llevar ya largos años instalada en Italia y cuando gozaba de justo prestigio en el ámbito de la moda artesanal, reconstruir con materiales de primera mano cuanto había experimentado en Nueva York, California y Hawai entre 1946 y 1948, mientras trataba de sobrevivir a la peripecia norteamericana sin poner en juego su dignidad?

Parece que por fortuna Marcella conservó las cartas que en aquel tiempo de lejanías envió a su familia y amigos italianos. Gracias a esos recordatorios pudo componer el libro rescatando los sentimientos contradictorios de entonces, al vivir día a día una realidad encallecida y amenazadora, decididamente hostil, y poder captarla desde una mirada crítica que en ningún instante dejó de ser europea. Me gustaría precisar un poco más: los ojos con que Marcella Olschki –de origen eslavo– observaba el magma humano de Nueva York, la mareante actividad teatral de Reno, la ciudad de las farsas nupciales y las separaciones cómplices, la inevitable extinción del último atisbo de virginidad en las islas Hawai, eran ojos profundamente italianos. Marcella fue una burguesa de la Toscana, muy distinta de una burguesa de Roma o de Amalfi, que en su primera juventud se dejó hipnotizar, so pretexto del amor, por las promesas de la Tierra de los dones y las oportunidades; pero, a decir verdad, pienso que nunca estuvo demasiado convencida de que ella sería tocada por la caprichosa magia de la diosa fortuna. Marcella no necesitó fregar en América los platos sucios de otros, servir huevos revueltos con

El matrimonio con el oficial médico duró veinte días, y la joven pasó un año y medio en Estados Unidos

jamón ni dormir en sórdidos callejones de Queens. Lo suyo era moverse, casi deslizarse por otros niveles de la escala social, y respecto a eso nunca se engañó. Sus dos libros no son rematadamente buenos desde el prisma literario, ni aquello que narran de sí misma implica grandeza. No creo que se trate de eso. Cuando Olschki murió en Florencia en el 2001, con 80 años, conocida como diseñadora, periodista y referente social, le bastaba con saber que sus libros reportaban algún tipo de placer a los lectores. Y eso es exactamente lo que hacen, sin dar un paso más allá. Sabía mujer. |

Premio Nadal Amoraga relata el primer año de la pérdida de la pareja

Un duelo de hoy

SÓNIA HERNÁNDEZ

La literatura de la pérdida, como si de un género independiente se tratara, ha protagonizado algunos éxitos muy sonados recientemente en nuestro panorama literario, tanto desde el punto de vista de la calidad de las obras como desde el éxito de ventas. En la mayoría de los casos, se trata de testimonios narrados en primera persona, es decir, son escritores que aceptan el reto de enfrentarse al propio dolor para convertirlo en materia literaria. La autoficción –otro género o categoría estrechamente relacionada con la temática– ofrece un terreno de juego muy propicio para el desarrollo de estas obras. Ahora, Carmen Amoraga (Picanya, Valencia, 1969), la ganadora de la última edición del premio Nadal, se enfrenta a un reto parecido, pero esta vez desde la ficción estricta, puesto que no novela una pérdida propia, sino que pretende acercarse a la de personas muy cercanas.

Giuliana, de 43 años, y William, de 47, forman un matrimonio que se encuentra en esa etapa vital que debería corresponder a la del inicio de la plenitud. Sin embargo, un cáncer de los que no aparecen en las estadísticas más optimistas que

La muerte por cáncer de William empuja a Giuliana al abismo del que debe salir por sus hijas de corta edad

se ofrecen en la prensa desmonta en pocos meses los planes de futuro y la vida que parecía pertenecer al matrimonio. La muerte de William empuja a Giuliana al abismo en el que ella misma se abandonaría si no fuera por las dos hijas que tuvieron en común, tan pequeñas todavía que la necesitan para todo.

La novela de Carmen Amoraga aborda el proceso de duelo, el primer año de la pérdida –el que tan estremecedoramente Joan Didion calificó como *El año del pensamiento mágico*–, en el que Giuliana pasará desde la negación de lo sucedido hasta la aceptación, pasando

Carmen Amoraga
La vida era eso

DESTINO
350 PÁGINAS
19,50 EUROS

Premio Nadal



Carmen Amoraga

PEDRO MADUEÑO